

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PRECIOS DE SUSCRICION.	ADMINISTRACION,	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.
Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.	Limon, 1.	Por una página entera..... 300 rs.
Provincias..... 14 —	—	Por media página..... 160
Extranjero..... 20 —	Sale todos los Domingos.	Por cuarto de página..... 90
Cada número suelto cuesta dos reales.		Los demas anuncios convencionalmente.

DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA.

II.

Necesitamos hacer una aclaracion de importancia suma. Diferentes sensaciones ha producido, segun nuestras noticias, el primer artículo sobre la Imprenta en España. Apresurémonos á consignar que en nuestro ánimo no cabe la doblez, y que únicamente debe comprenderse, en todo cuanto expongamos, lo que lisa y llanamente se desprenda de las formas con que demos vida al pensamiento.

No ha sido nuestro propósito resucitar una polémica antigua para infatuarnos con la pueril vanidad de combatir al Sr. Rivadeneyra abrigando la confianza de vencerle. No: ménos lo ha sido el de faltar á ninguna conveniencia empleando calificativos que pudieran entenderse en sentido irónico al hacer, con la franqueza y la sinceridad que nos son habituales, el elogio de las buenas prendas que adornan á ese impresor justamente reputado.

Cuando nosotros combatamos á determinada persona, no por su individualidad, sino por sus actos, lo haremos con esa misma noble ingenuidad, y nunca descendemos al terreno de los equívocos para mancillar reputacion alguna. Podremos perjudicar, mortificar y llevar la perturbacion á alguna conciencia intranquila, cuando demostremos de una manera inconcusa hechos que hoy viven en las sombras del misterio; podremos ser el estigma de la inmoralidad, de la corrupcion y de todas las malas artes de indignos mercaderes encumbrados por la Imprenta, y hasta la voz tonante que pida su residencia sustentándola con pruebas irrefragables; pero jamas pasaremos por la afrenta de retractarnos en ningun terreno de una sola de nuestras frases por impremeditada. Tal es la conviccion y el sentimiento de inmutable justicia que nos guia por la senda de la publicidad. Por algo hemos venido á la prensa; y nuestra mision no dejará de cumplirse.

Esto sentado, conste que nosotros no teníamos, no tenemos interes en reproducir la polémica iniciada por el Sr. Rivadeneyra sobre la edicion del *Quijote* de 1862

estampada en la Imprenta Nacional. Y no le tenemos porque, entre otras razones, estamos tan penetrados de la que nos asiste para examinar las obras de quien ha usado del derecho de censurar las nuestras, y harto duramente por cierto, que, amparados con la fuerza que la justicia presta, casi abrigamos la esperanza de no quedar deslucidos en la empresa. Pero por esto mismo no tenemos prisa, ni nos aguija el deseo de la victoria. Acostumbrados á triunfar para otros, no tenemos la impaciencia de la vanidad ni del egoismo, como es público y notorio para todos cuantos nos conocen.

Cumpla á nuestro objeto apoyarnos, para dar autoridad á nuestras palabras, en el testimonio, en los argumentos del impresor que, con razon ó sin ella, ya lo dijimos otra vez, es reconocido en España y en el Extranjero por el primero de la Península. Necesitábamos por lo tanto demostrar en la esfera teórica de la Imprenta nuestra identidad de miras, de sentimientos, de aspiraciones con el Sr. Rivadeneyra. ¿Cómo llegar al término propuesto por más breve medio que exponiendo, que insertando, que copiando literalmente sus conceptos en la materia? Y ¿cómo hacerlo sin tomar la cuestion en su origen; sin recordar por qué el Sr. Rivadeneyra escribió esos párrafos; sin manifestar que, si no éramos rencorosos, tampoco desconocíamos nuestra dignidad para adherirnos fogosamente á lo que, con motivo de una crítica, más que minuciosa y severa altamente injusta, de un trabajo nuestro, se habia escrito como parte accesoria, pues que la principal era para zaherirnos y motejarnos? ¿Podíamos prescindir de hacerlo así, sin exponernos á atacar la exquisita austeridad de los espíritus fuertes y pendencieros, tan contentos cuando ven luchar desde léjos? ¿Qué habrían imaginado si, al patrocinar lo transcrito en el número último, hubiéramos omitido los comentarios oportunos? En la desgraciada época actual, que pasará á la historia como la del más refinado egoismo y parcialidad más intransigente, ¿puédese por ventura ser generoso sin que el pecho noble y olvidadizo de recibidos agravios deje de ser mortificado por suposiciones indignas, por cálculos arbitrarios y por temerarias injurias? ¿Quién será hoy capaz de perdonar á su adversario, sin que la rechifla de las gentes le acompañe con innoble estrépito, creyéndole ó cobarde para el combate, ó imbécil y degradado como el esclavo que en el circo pagano malgastaba

Marzo 18.

su aliento saludando al monstruo que se gozaba en su agonía?

Ya llegará, sin que nosotros la busquemos, ocasion de ocuparnos del Sr. Rivadeneyra. Mientras tanto, debiendo investigar la situacion de nuestra Imprenta desde el mismo origen de sus males, hagámoslo como debe hacerse, empezando por el principio.

En España no hay Imprenta, digámoslo con valentía. En España (con aquellas muy raras y honrosas excepciones que desequilibran siempre la regla general) no hay impresores, no hay cajistas, no hay prensistas, no hay verdadera industria tipográfica, con el dolor de la vergüenza lo decimos, ni en conjunto ni en detal. El grosero utilitarismo y la más estúpida granjería han esterilizado entre nosotros los gérmenes de cultura que la Imprenta contiene; y muy léjos de hallarse á la altura de la de otros países, ha retrogradado lastimosamente, renegando de su limpia historia. Diéramonos por satisfechos arrancando del lapso del tiempo estos últimos años para volver á la época en que los Ibarra y Monfort, y Sancha y Sigüenza, y Búrgos y Yénes, y Fuentenebro y Aguado velaban por el decoro de su noble profesion, y se afanaban por su mayor lustre, crédito y prosperidad. Esos nombres simbolizan las glorias de nuestra Imprenta á los finales del último siglo y primer tercio del actual. Entónces no se dedicaban á la Imprenta sino jóvenes de entendimiento superior, versadísimos en su idioma y en el latin y hasta en el griego, al punto de no haber para ellos frase ambigua ni dición indeterminada. Trabajando cual laboriosas abejas en la gran colmena de la civilizacion, todo lo sacrificaban al perfecto éxito, á diferencia de los zánganos que hoy monopolizan el panal, sin contribuir en nada á su trabajosa confeccion. Era la Imprenta entónces un arte, más que noble nobilísimo, porque la parte intelectual lo era el todo, y nada ó casi nada lo que entraba en la esfera del mecanismo automático. Hoy sucede todo lo contrario: el autómeta ha reemplazado al pensador; el *hacedor* de renglones ha sustituido al compositor de libros. El *remiendo* se ha sobrepuesto á la composicion; y, desapareciendo el *artista* que con tanta conciencia desempeñaba esa primera y más difícil operacion de la Imprenta, esa verdadera operacion artística, sólo ha quedado el mecánico, el menestral, el artesano, que hoy la desempeña de cualquier modo. Cuando *se sabía* componer, la Imprenta era un arte. Hoy, que simplemente *se compone*, sólo es un oficio vulgar y prosaico.

Todavía, no obstante, quedan algunos restos de esa pléyade brillante de ilustrados y estudiosos cajistas que tanto honraron y enaltecieron á la Imprenta; y ante las ruinas venerables de esa generacion de verdaderos *profesores* del Arte tipográfico, prontos á desaparecer bajo el peso de los años y el menosprecio de infatuados émulos, nos inclinamos respetuosamente, y el corazon se espacia y desahoga al consagrarles en estas líneas un cariñoso recuerdo. Falta imperdonable fuera el omitir en un periódico tipográfico tan legítima, tan justificada mencion de esos hijos predilectos de la Imprenta.

Ya lo ha dicho el Sr. Rivadeneyra. La alborada de la libertad en España, á la muerte del último monarca, dando vado al pensamiento y ensanche á la inteligencia, trájonos tambien la libertad de Imprenta con el régimen representativo. No habia operarios en número abundante, porque el movimiento tipográfico era lento y sólo correspondia á las necesidades de la época. Pero hacen falta de repente; y, sin esperar á que se eduquen y formen, improvisase un enjambre de cajistas y prensistas á quienes sería injusto pedir conocimientos inna-

tos. El periódico reemplaza al libro; el trabajo mecánico al trabajo manual; la intemperancia del momento, la avidez sin freno, la fiebre mercantil á la reposada y modesta contratacion anterior. Los periódicos aparecen: cada uno de ellos necesita veinte cajistas, y los periódicos son muchos, innumerables, infinitos. Como el ave fénix, si alguno desaparece vuelve á brotar de sus cenizas multiplicándose extraordinariamente. El secreto de Cadmo producía ejércitos; el secreto de la libertad produce falanges inmensas de periódicos: su mecanismo es sencillo, componer renglones y componerlos mal: ya enmendará el lector los errores, si á ello acierta; y si no los pasará por alto, connaturalizándose con ellos de tal modo que ni se le ocurra siquiera esperar alivio al desconcierto tipográfico que se inaugura, y que tan funestos resultados acarrea á la instruccion pública. Á la par de la libertad de los periódicos crecen las trabas de la censura: arráncanse de sus columnas trozos que es preciso sustituir inmediatamente, y lo que hace falta es componer esos trozos, bien ó mal, pero pronto, muy pronto. Al mismo tiempo, con la aficion á la lectura que se despierta, surgiendo, levantándose cual iris benéfico sobre el bárbaro *dogmatismo* de las cátedras de tauromaquia, y alumbrando los entristecidos claustros de las Universidades, cerradas por aquel fanatismo siniestro que condenaba la *fatal manía de pensar*, empíezase la publicacion de bibliotecas, tan económicas como mezuquinas bajo todos conceptos, que demandan nuevos operarios, porque hay mucho que imprimir, y los antiguos no dan abasto. De aquí la irrupcion en tan difícil arte de muchachos inexpertos, arrancados de la escuela sin haber aprendido ni aun á leer medianamente; muchachos sin ninguna clase de conocimientos, sin educacion formada, sin roce ni trato social, sin conciencia de sus actos ni sentimiento alguno del nuevo género de vida á que se les destina; muchachos que erraron la vocacion, que llegan á hombres, y que pudiendo ser excelentes zapateros, carpinteros ó sastres, sólo serán *peones* de impresor.

Hé aquí el origen del mal que nos abruma. El aprendiz que no ha tenido la suficiente inteligencia para comprender las dificultades de un arte que exige estudios, que requiere conocimientos especiales, que demanda mucha aplicacion y mucho entusiasmo para ser bien desempeñado, pues es quizas la única profesion en que todos los dias se aprende y todos los dias se ignora, por la frecuencia con que nuevos incidentes vienen á dificultar la accion, á poner trabas á la capacidad de quien cree que ya lo sabe todo; el aprendiz que ha llegado á oficial, y á corrector, y á regente, y á impresor, sin comprender la especialidad de sus deberes, la importancia de sus obligaciones, ¿qué cajistas ha de crear cuando le toque ejercer funciones de dómine, qué vástagos ha de producir si el tronco es estéril? Faltando la conciencia, faltando el sentimiento de la belleza y de la perfeccion; faltando el conocimiento del idioma, y por lo tanto la comprension para leer con fruto; faltando en el cajista superficial todas estas circunstancias, y apegado al inmoderado afan de ganar perdiendo, que no otra cosa es ganar sin aprender, fácilmente se comprenderá que el mal tiene su raíz en esa endémica invasion de personas incompetentes en un arte para el que no nacieron; en un arte cuyas alabanzas han cantado en todos los tonos los más grandes ingenios de la tierra, y cuyos hijos primogénitos, los grandes impresores de los siglos xv y xvi, conceptuaban indispensable para su buen desempeño el estudio de lenguas y de humanidades.

Viene despues, como si fuera poco, la mayor de las calamidades, la mayor de las pestilencias de la Imprenta. Esa intrusion de que el mismo Sr. Rivadeneyra con notable acierto nos habla, de hombres ajenos á la profesion, que viendo en ella una presa de valía, se lanzan famélicos á devorarla, á desgarrarla y á deshonorarla tambien.

Ajenos á ella, desconociendo su importancia, porque no es fácil apreciar lo que no puede comprenderse por la ruindad del pensamiento oscuro, ya no tratan sino de explotar la rica mina que la libertad de Imprenta y la libertad de industria les trajo en buen hora para ellos, en hora malhadada para el esplendor del arte. Levántanse impresores, que de todo tienen menos de tales; y levántanse editores que, en perfecto matrimonio con ellos, ajustan y pactan sobre los dónes del autor y la capacidad del artista, como los judíos sobre la túnica del Redentor, tratados y alianzas, siempre onerosos, fatales siempre para los autores y los impresores *verdaderos*. El movimiento político y literario acrece; las demandas de la industria tipográfica son mayores cada vez; la Imprenta necesita de dia en dia, de momento en momento nuevos operarios, y las pocas docenas de antiguos cajistas conviértense en centenares, y luégo en millares, y despues en una falange tan numerosa como ineficaz para reproducir con su pristino mérito aquellos libros que con tanta pulcritud y primor tanto se imprimian con elementos muy inferiores á los que hoy tenemos, y se componian tan bien desde el principio, que la correccion no era sino el *visto bueno* de la excelente prueba.

Penetrar ahora en el terreno de la industria de imprimir, sería involucrar el orden cronológico, pues aún no ha llegado el momento de hacerlo. Digamos empero que es poco halagüeño su estado; causa de la mezquindad de precios á que se expenden todas las manufacturas para satisfacer la codicia de los que editan obras como pudieran revender cualquier otro género, y de los que establecen imprentas cual si se tratase de abrir una cantina.

Pero ah! la Imprenta produce *mucho, mucho, mucho*; pero es para los editores y los impresores sin conciencia: como que alguno conocemos nosotros, y no tardaremos en demostrarlo, que aún no está contento con la ganancia líquida del *quinientos por ciento* que le ha rendido un solo *negocio* editorial.

En el plan analítico que nos hemos trazado para tratar de la Imprenta en general, particularizándola sin embargo en cada una de sus manifestaciones, debemos comenzar por el *editor* y por el *autor*, que son solidarios, que casi siempre van unidos, porque desgraciadamente las letras en España corren tan mala fortuna desde antiguo, que son muy contados aquellos que, poseyendo el talento de escribir obras, puedan publicarlas de su propia cuenta. De aquí el editor, planta parásita que se nutre con la savia literaria, mostrándose ufano y rozagante á expensas del tronco que oprime; el editor, que en cambio de sabrosos frutos literarios, sólo ofrece al autor mezquinas retribuciones que ni á aliviar alcanzan sus más apremiantes necesidades; el editor, en fin, que recoge abundosa cosecha en campo que no labró. Pero hablamos de los editores mercaderes, no de los editores concienzudos. Por mal hado hay pocos Villemessant en España; y si no, que lo digan los literatos.

En gradacion descendente llegaremos á todas las clases, á todos los individuos que viven dentro de la vasta industria tipográfica. De este modo conoceremos sus cualidades, sus rasgos peculiares, su carácter, sus

tendencias, sus inclinaciones, el fondo de diversos caudales, llámense inteligencia, entusiasmo ó abnegacion, con que cada uno contribuya al comun acervo de ese capital sagrado que se llama instruccion pública. Y como el camino es largo y nuestras fuerzas escasas, nos permitiremos hacer un alto en la Imprenta Nacional y demas imprentas oficiales, para estudiar su organizacion, índole y economía, y prestar, si tal suerte tenemos, un servicio al Estado con nuestras observaciones. No olvidaremos las recientes subastas tipográficas, ni nada en fin de cuanto con la Imprenta tenga relacion.

Al concluir debemos una explicacion á nuestros lectores. La necesidad de variar el plan de publicacion relegando artículos sobre la Imprenta extranjera en parangon con la española, para sustituirlos con la nueva serie á que el presente pertenece, ha sido causa de que el reparto se retrase: de seguida subsanaremos esta involuntaria falta, que no volverá á reproducirse. Los artículos mencionados verán la luz en sazon oportuna.

TOMAS REY.

REVISTA.

Carácter de esta parte de LA IMPRENTA.—Empresas teatrales.—El Circo.—Herir en la sombra.—Variedades.—Páginas de la Vida.—El mal gusto.—La Zarzuela.—Los Cómicos de la Legua.—Liceo Español.—Asociacion internacional científico-literario-artística de autores y traductores.—Las ciencias y la industria.—Las estrecheces del genio.—Monturiol.

Mi anterior REVISTA tuvo un carácter puramente narrativo. Amalgama extraña me cupo hacer en ella de tantas y tales cosas, que mal hubiera podido dar un juicio, siquiera fuese aproximativo, de cada una de ellas sin fundado temor de involucrarme. Á este fin pues se dirige la presente. Pero no podré detenerme, aunque fuese de mi agrado, en los hechos que en aquella acumulé, toda vez que nuevos sucesos han venido desmoronándose, y exigen particular atencion; por más que algunos hayan indefectiblemente de rozarse con los allí expuestos, siendo así que el círculo en que tiene que girar esta Revista está perfectamente determinado, y su horizonte circunscrito. *Las letras*, hé aquí nuestro asunto preferente: pero dónde buscarlas? ¿acaso en las columnas de diarios políticos, con demasiada celeridad redactados? ¿acaso en el folletin, nutrido de copiosas traducciones, ininteligibles en castellano, y desconocidas para los originales? ¿en esas hojas volantes, mofa de la culta literatura, llámense *La Sopa Boba*, llámense *El Gato*? ¿En las librerías de Durán, de Bayly-Bayllière ó de San Martín, atestadas con las ediciones de Hachette y Lévi, como si la literatura *podrida* de la vecina Francia fuera la literatura universal, y hubiera venido á reemplazar en España las obras de los Mena, Cervantes, Saavedra Fajardo, Isla, Luises, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Espinel, Aleman, Jovellanos, Melendez, Moratin, Quintana, Lista, Cadalso, Lafuente, Alcalá Galiano, Mesonero, Hartzenbusch y Martínez de la Rosa? ¿En dónde pues iremos á buscar novedades literarias, que nos pertenezcan completamente, que honren á la patria y sean el orgullo de los españoles? Al Teatro: sólo el Teatro conserva algo de nuestro antiguo sér. El Teatro español, el más antiguo, el más espontáneo, el más original, el más rico de los teatros de la edad moderna; el Teatro, que inspiró á los clásicos de esa misma Francia; el Teatro, que á pesar de las hor-



ribles vicisitudes por que ha atravesado cuando ha caído en manos de los Comella y Triguero, cuando aspiró un soplo del romanticismo frances, cuando trataron de oscurecerle rastros traductores, y cuando, por último, infelices zarzueleros quisieron convertirle en espectáculo de meras pantomimas, triunfante siempre presentó *El Café*, *El Sí de las Niñas*, *La Conjuración de Venecia*, *Don Alvaro*, *Los Amantes de Teruel*, *El Trovador*, *El Hombre de Mundo*, *De Potencia á Potencia*, *Verdades Amargas*, *El Tejado de Vidrio*, *El Sol de Invierno*, *Don Juan Tenorio*, *La Cruz del Matrimonio*, *Don Francisco de Quevedo*, *La Oración de la Tarde*, *El Cura de Aldea*, *El Tanto por Ciento*, *El Toison Roto*; ha sacado á la escena las más grandes figuras y caracteres de nuestra historia, *Isabel la Católica*, *Doña María de Molina*, *Doña Juana la Loca*, *Felipe el Prudente*, *Guzman el Bueno*, *El Cid*, *Gonzalo de Córdoba*, *El Rey de las Querellas*, *Don Pedro el Justiciero*, *Colon*, *Cortés*, *Pizarro*, *Don Juan de Austria*, *Antonio Perez*, *Don Alvaro de Luna*, *El Príncipe Carlos de Austria*, *Felipe V*, *Alberoni*, *Antonio de Leiva*, *García de Paredes*, *Jaime de Aragon*, *Boabdil el Chico*, *Alarcon*, *Moreto*, *Cervantes*, y hasta ha comprendido las grandiosas tragedias en que se interesaba y resolvía la suerte de un pueblo, de una provincia, de toda la nacion, de toda una raza, en *El Dos de Mayo*, *La Conquista de Granada*, *Venganza Catalana*, *Pelayo*, y *Viriato*.

Pero vamos á ocuparnos de los teatros en sus condiciones actuales, y demos comienzo por decir algo sobre las empresas que les dirigen. Al empezar la temporada cómica, que al término de su segundo tercio toca, gran algazara y estruendoso alarde con timbales y clarines hacian la del Real y la del Príncipe por la manera con que se nos presentaban. Suscitóse mortal contienda entre los amigos de M. Bagier por una parte, y los del Señor Caballero por la otra; y no sólo la prensa y los círculos de todo género, desde los más aristocráticos hasta los de las mesas de café y aún los de los corrillos de *Las Cuatro Calles*, se ocupaban con gran tenacidad del caso, como si la cosa en realidad lo mereciera, sino que la cuestion tomó tales proporciones que vino á hacerse política, y el nombre del Sr. Gonzalez Bravo se trató, como es costumbre, y se habló de favoritismo, y se debatió sobre conveniencias y protecciones, y yo no sé sobre cuántas cosas más. Otro que tal acaeció con la del Príncipe; y cuenta con que la del Sr. Roca inspiraba grandísima confianza, al ver una compañía en que formaban tantos y tan bien reputados actores, á pesar de estar entre ellos Pizarroso, Dardalla, Zamora, y aún Fernandez; á lo que se unía una copia, al parecer inagotable, de obras de los mejores autores modernos, que era cuanto habia que pedir. Por último, en la Zarzuela quedaba el cuadro de siempre, menos Sanz, Cubero, Obregon, la Santa María, la Checa, la Bardan, y algun otro, á trueque de la Rivas, la Montañes, la Uzal, Orejon, Prats y Rochel: los Catalina con Matilde Díez se guarecian, como único refugio á su laboriosidad, respeto á sus favorecedores y exquisito gusto, al Circo; y la Señorita Civilí se quedaba con Variedades, para hacer sus ensayos en el habla castellana y en la escena de Lope de Vega y Calderon de la Barca.

Pero el tiempo ha pasado; y qué ha sucedido? ¿qué esperanzas se han visto cumplidas? *Los Soldados de Plomo*, hé aquí en un año toda la historia del Príncipe, es decir, Romea. *L'Africana*, ésta es en un año toda la historia del Real; es decir, al principio un poco de aparato, despues Tamberlik. *Los Cómicos de la legua*, ésta es toda la historia en un año de la Zarzuela; es decir, lo que su nombre indica y la ruina de los empresarios. ¿Y

Variedades? Hagamos aquí alto, siquiera sea un corto trecho, para ocuparnos despues con más latitud del Circo, como es merecedor este teatro.

Poca galantería han mostrado autores y público con una actriz italiana, que todos justamente habian celebrado ya, y que hacía los mayores sacrificios por honrar y dar brillo al Teatro de los españoles: triste existencia ha arrastrado una empresa mil veces puesta en extremo apuro, á pesar de esfuerzos tan soberanos de todo género y condicion. Empero nos dirán los autores: No nos inspiraba confianza una compañía tan exigua y tan mediana, ó no nos prometimos el lucro apetecido de tan reducido coliseo.—Y á pesar de todo, *Doña Leonor Pimentel* contestará á lo primero; en cuanto á lo segundo, que nunca ha sido la manera de pensar de los hidalgos pechos castellanos, nadie puede responder sino los nobles sentimientos de muchos que escriben y se llaman artistas. Dirá el público: Y qué íbamos á ver? *La Casa de Campo*? ¿Algunos dramas italianos, soberbiamente interpretados y soberbiamente grandes, pero que no entendíamos?—Y yo contestaré, sin culpar esta ignorancia: Teneis razon: ¿qué importan los esfuerzos y los más costosos sacrificios del que se halla solo y abandonado? ¿Qué importan los generosos arranques del que llena de fe el alma y esperanza el corazon, sin arredrarse por nada, emprende una obra que puede ser mañana, como lo será indudablemente, orgullo de nuestra patria?—Pero viene Pedro Delgado, y se ejecutan en tres semanas *Sancho García*, ó lo que es lo mismo, el mejor drama de Zorrilla; *Los Amantes de Teruel*, la obra maestra de Hartzenbusch; *Guzman el Bueno*, aureola de Gil y Zárate; y todos decian: Delgado es el segundo Latorre, y la Civilí una actriz incomparable. Y esto no obstante, el afán de poner en escena algo nuevo hace que estos actores, en cuya íntima union deben fundarse las más vivas esperanzas para el renacimiento de nuestra Talía altamente dramática, representen *Páginas de la Vida*, obra, como de Díaz, inaceptable, y que, por estar escrita con tan supina ignorancia del corazon humano y del foro escénico, ni podia ser buena ni digna de los que en más levantado género tan altos se habian colocado.

Si fuera á hacer el exámen de tan descabellada comedia, ¿qué sería ocuparme de la ausencia completa de tipos y caracteres, situaciones dramáticas, ni aún cómicas á falta de otra cosa? Nada; que obras como *Páginas de la Vida* no deben entrar bajo el escarpelo de la crítica, porque sería darles una importancia que no merecen. Hay una cosa no obstante que sí se puede, que se debe juzgar, y cuestion gravísima es. ¿De quién fué el error al admitirla? La empresa ¿ya lo sabemos! es italiana, y poco concedora aún del castellano; pero el director de escena ¿debió permitir su representacion? Á Romea, recuerdo que me permití indicarle en mi anterior Revista que no hiciera más tragedias; á Delgado me atreveré á aconsejarle que no haga más comedias. Triunfe sobre Valero; haga *Sancho García*, con toda la majestad del rey y toda la bravura del héroe castellano; pero ni condes, ni marqueses, ni necios senadores de salon.

Pasando al Circo, voy á abordar la más grande de todas las cuestiones; esto es, las personas artísticas de los hermanos Catalina, á quienes no conozco, de quienes podré decir con entera franqueza cuanto me venga en gusto, sin que ni de lisonjas se puedan tildar mis alabanzas, ni de rencores y despecho mis censuras. No hace muchas noches, hallándome en el saloncillo de cierto teatro, trabamos gran contienda á propósito del

Circo. La ejecucion de *Herir en la Sombra* la motivaba; y alguno dijo:

—Parece mentira! está desconocido Manuel Catalina. Quién lo creyera!

Y yo le contestaba:

—Lo que parece mentira es que hasta ahora no haya usted caído del burro, como vulgarmente se dice; lo que parece mentira es que usted con tan buen talento no se haya tomado el trabajo de formar su juicio, sino que se lo haya dejado imponer tan pobremente; lo que parece mentira, en fin, es que usted siga creyendo que los Catalina se sostienen en el Príncipe, en el Circo, donde quiera, con el constante favor del público por obra del Espíritu Santo.

—Pero ¿les ha visto usted *El Toison Roto*, *La Venganza Catalana*? me añadía mi contrincante.

—Pues por eso mismo; porque han hecho *El Toison Roto*, y *La Venganza Catalana*, y ahora hacen *Herir en la Sombra*, por eso mismo viven, alientan y son queridos.

—Sí; aunque fueran cómicos de la legua serian aceptados. Es claro; ¿quién rechaza obras de Rubí, Breton de los Herreros, Hurtado y los demas que les escriben, todos tan respetables y tan experimentados?

—Supongamos que así sea: al entrar en el *Circo*, ¿no les creyeron todos derrotados? ¿Con qué obras contaban? Con el *Juan Lorenzo*? Si despues les han favorecido autores de gran nombre, ¿quiénes han sacado de la oscuridad á Luis San Juan? Es preciso convencerse: ó por los resultados se juzgan las cosas, ó yo no sé cuántas son cinco. Compárese el número de obras que el público ha rechazado al *Circo*, con las que *estrepitosamente* ha meneado en los demas teatros, y con esto hago punto.

En resumen: el ruido del Príncipe, el alboroto del Real, todo ha sido humo, por no decir silbas horribles; á Variedades ha faltado vida, cuando en justicia merecía mucha; la Zarzuela ha muerto de puro mal gusto, acaso de plétora de insolencia y obscenas libertades; el único teatro modesto y digno en todas sus contrariedades se ha elevado hasta darnos consecutivamente doce ó quince obras dramáticas de primer orden, con un nuevo autor de felices disposiciones.

Ahora pues, ya creo que es tiempo de ocuparnos de otros asuntos ántes de salir del terreno literario.

Hace algunos meses, bajo los auspicios y proteccion de elevados personajes por su rango, posicion, puesto oficial ó artístico que ocupan, empezó á vivir un semanario literario, *El Angel del Hogar*, trabajado en su parte tipográfica por mujeres, bajo la direccion de Doña Javiera Ramirez, y la literaria por el Sr. Llofriu y Sagrera. Este señor, con objeto de obtener fácilmente mayor número de escritos con formas más várias, invitónos á una modesta reunion que periódicamente celebrábamos; en cuyas sesiones cada cual leía aquello que más le agradaba, y en donde amenísimos ratos tengo el gusto de pasar. De aquí ha nacido *El Liceo Español*; y fácilmente se podrá tener en cuenta las causas que nos obligan á callar por ahora sobre este naciente pensamiento, hasta verle en la plenitud de su desarrollo. No haremos lo mismo sobre una cosa llamada *Asociacion internacional científico-literario-artística de autores y traductores*. Lo ampuloso de su *razon social*, que así podemos llamar á lo que sentiríamos, y no esperamos, fuese otro nuevo negocio sobre letras y artes que del Extranjero se nos importara, da con efecto bastante que pensar. Consternados por el monopolio indigno que tan descaradamente se ejerce hoy sobre el espíritu, so-

metiendo la inteligencia á las reglas aritméticas de la especulacion más villana y rastrera, habíamos concebido la esperanza de que la Asociacion naciente viniese á condenar el funesto monopolio editorial hoy en boga. No es esto decir que la esperanza se ha frustrado: por el contrario, mucho nos prometemos de la bondad de la idea y de la rectitud de quienes la han concebido; pero sus bases no nos satisfacen; y por si estamos equivocados, nada más decimos hoy. Ahora dos palabras de Monturiol.

Dícese que, en tiempo de Carlos V, Blasco de Garay en las aguas de Barcelona ensayó por vez primera una máquina de vapor con destino á la navegacion. ¿Por qué no la llevó á la perfeccion? Se ignora. Las aguas de Barcelona tambien han visto hace cuatro años á Monturiol hacer los ensayos para la navegacion submarina: ésta, sin embargo, no se perfecciona. ¿Ha muerto acaso Monturiol? Más le valiera: los sueños de toda su vida han desaparecido en un punto: y, al despedirse de ellos, ¡compréndase el sacrificio! publica que *no tiene recursos* para realizarlos. Á Colon le faltaban naves para descubrir todo un mundo.

JUAN P. DE GUZMAN.

VARIEDADES.

DOS SOLEMNIDADES ACADÉMICAS.

Mucho tiempo há que tenía firme propósito de ocuparme en lo que mis fuerzas alcanzan de las solemnes anuales fiestas de las Reales Academias Española y de la Historia; y viene á cumplirse mi deseo en época para mí excepcional, y cuando mil sentimientos de muy diversa índole embargan mi pensamiento y dan tortura al corazón y á la cabeza: así pues no es extraño que, al vehemente deseo que sin cesar me incita, acompañe tambien una mortal zozobra que á la voluntad impone y á la razon subyuga. Y no es ciertamente que esta vez tema estrellarme contra la impotencia del flaco ingenio, que poco en verdad se necesita cuando, como en esta ocasion sucede, no cabe al escritor otro papel que el de admirador con ribetes de entusiasta; y no otra cosa me permiten ni la profundidad de los discursos pronunciados, á que no alcanzo, ni el respeto y veneracion que sus dignos autores los Sres. Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe y Don Fernando de Castro y Pajares de mí solicitan, como á mi pequeñez conviene, y por la alta enseñanza que de ellos tengo recibida. Pero otras consideraciones acúdenme á la mente, y algo he de decir sobre este punto.

Va siendo ya cosa añeja y desusada rendir á persona alguna, sean cualesquiera sus méritos, el debido tributo de la admiracion que ni con la adulacion se confunde, ni con la lisonja tiene maridaje: eso equivaldría á hacer excesivas concesiones á la autoridad, que ante el principio de la igualdad de todos malamente se comprende. De esta manera, ni los largos años de fructíferos afanes, de meditacion y de experiencia; ni una prolongada carrera de continuos trabajos y multiplicados servicios; ni la distincion que da el talento; ni aún la veneracion que dicta el respeto habido en otro tiempo y la justa adquirida fama son estímulo para la petulancia desdeñosa, hoy triunfante por desgracia en el corazón infecto de nuestra raquítica juventud: y es que

ésta, que todo lo ignora, cree que lo sabe todo; y así, siendo el pedagogo inútil, por no ceder ante la inflexible razón que lo contrario piensa, se erige en adoradora de sí misma, echando por tierra el firme pedestal que sostiene la reputación de los buenos en virtud y merecimientos.

Yo he visto en hechos recientes el triste, desconsolador espectáculo de lo que llevo expuesto. Altas personas de popular renombre, todas de servicios imperecederos para el bien de la patria; reconocidas con universal aplauso en la diplomacia, en la tribuna, en el foro, en la cátedra, en la escena, han bajado al sepulcro en breve espacio de tiempo, y España, por medio de su juventud, no ha tenido ni una flor ni una lágrima que echar sobre sus tumbas..... ¡Tamaña extrañeza, ingratitude tan grande merecían los Alcalá Galiano, marqués de Pidal, Pacheco, duque de Rivas y Vega! Un cortejo fúnebre *oficial* acompañó al primero á la última morada; y la multitud, apiñándose en todo el tránsito, fué á saciar su curiosidad con la majestuosa pompa, no á rendir un tributo ni á elevar una oración al Cielo por el anciano ministro sobre quien la desorientada opinión hacía recaer el peso de una responsabilidad tremenda. La muerte del señor marqués de Pidal casi hubiera pasado desapercibida, si la Real Academia Española no hubiese cerrado sus puertas, abiertas aquel día, y aplazado el solemne aniversario, en ofrenda al esclarecido individuo que perdió; y si al autor de *El Hombre de Mundo* sirvió un momento de efervescencia literaria para precipitar la representación de su *Muerte de César*, que no consiguió ver en escena; en cambio, ¡con qué sombrío silencio, al empezar el terrible azote ya pasado, bajó al sepulcro el eminente comentador de las *Leyes de Toro*, el publicista, el orador, el diplomático, el poeta, y más que publicista, orador, diplomático y poeta, el amigo de la juventud, Don Joaquín Francisco Pacheco!

La prensa periódica sólo ha sabido ir anunciando tan irreparables pérdidas, y no digo lo que parte de ella hizo además sobre cenizas aún calientes de alguno de aquellos esclarecidos varones, porque repugna el recordarlo. ¡A tal extremo nos han llevado las miserias de personas y partidos! Yo, que tenía motivos de gratitud eterna, cariño casi filial al eminente repúblico, nuestro embajador en Roma, yo me decía: ¿Será tal vez mi veneración profunda, mi apasionado afecto el que abulta de tal modo las cosas que todo lo juzga pequeño y miserable?—Y un importante personaje político, que ocupa en la actualidad dos de las más altas Presidencias del Estado, que aún todavía tenía frescas en sus párpados las lágrimas depositadas sobre la reciente tumba de su única hermana, me respondía, como yo tan admirado: *Ah! no saben lo que Pacheco valía los que le han visto espirar con indiferencia, ó, mirando solo el efímero triunfo del momento, se han alegrado dentro de su corazón.*—Y entonces me convencía más y más de que ni la pasión me cegaba, ni el dolor ni el comprimido afecto me dirigían por camino desacertado. Por eso, respetuoso á toda autoridad, y aún más, idólatra del talento, temo y vacilo al coger esta vez la pluma para ocuparme de los actos de las Academias; prescindiendo, como ya he dicho, de otras consideraciones que, en medio de la terrible lucha de encontradas ideas que en mi cerebro hoy se agitan, me hacen desesperar de mi propósito. No obstante, diré cuatro palabras sobre estas dos últimas sesiones, comenzando por la de la Española, por estar más fresco su recuerdo.

Era ésta la aplazada por la muerte del señor marqués de Pidal desde el 31 de Enero, y traía el doble ob-

jeto de solemnizar el aniversario de su fundación, por continuos trastornos no celebrado á su debido tiempo, y además el de agraciarse á la Sra. Doña Ángela Grassi y al Sr. Don Fernando Fulgoso con las certificaciones que acrediten haber merecido, en el concepto del ilustre Areópago, una mención honorífica por sus respectivas novelas, presentadas en el certámen literario del próximo pasado año. Con este motivo, y estar anunciada la lectura de un discurso crítico-literario sobre el *Fuero de Avilés*, por el Ilmo. Sr. Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, numerosa y escogida fué la concurrencia que desde bien temprano acudió al reducido local de la calle de Valverde, confundiendo en él la gracia y la hermosura de las más donosas damas madrileñas entre aquellos que al brillo de sus ojos espacian sus almas en el campo de la poesía, y los que, entregados á más profundos estudios, dan en eruditos y copiosos libros pasto al alma y ensanche á la inteligencia. Abrióse la sesión por el señor presidente accidental, y dió luego lectura el secretario perpetuo, el gran poeta dramático Don Manuel Breton de los Herberos, á una bien escrita reseña de los actos de la Academia desde el 25 de Setiembre de 1864, día de la última Junta pública, hasta la actualidad; y aunque cosas importantísimas allí manifestó, no es á mí á quien cumple copiar ahora sus conceptos. Sin embargo, por él supimos, y para mí fué un placer grandísimo, que para ocupar dos de los puestos recientemente vacantes en aquel Cuerpo, habían sido elegidos el autor del libro de las *Estaciones*, el poeta de las flores, como el Sr. Cañete le llama, el sentido y elegante Don José Selgas y Carrasco, y el autor de *El tanto por ciento*, Don Adelardo López de Ayala. Además, conocimos los nombres de los señores académicos á cuya inteligencia, celo y sano juicio se ha encomendado cada una de las obras de nuestros antiguos poetas y prosistas, que van á ser nuevamente dadas á la estampa en ediciones populares, y de cuyos trabajos yo he tenido el gusto de conocer, aunque en manuscrito, la magnífica biografía del ilustre cantor y guerrero Don Alonso de Ercilla, debida á la correcta pluma y exquisita actividad para la adquisición de nuevos datos de su vida, de mi querido y respetable amigo Don Antonio Ferrer del Río.

Acto continuo se dieron por el señor presidente á la Sra. Grassi y al Sr. Fulgoso los diplomas antedichos; y luego, en medio del general silencio, comienzo á su discurso por el Sr. Fernández-Guerra y Orbe.

Brillante trabajo es el del comentador é ilustre biógrafo de Quevedo; y no ménos que las pulidas formas sobresalen en él los rasgos de su sutil ingenio, una erudición en historia, filología y estudios antiguos vastísima, y las dotes más raras y apreciables para el análisis crítico y la prolija investigación: cualidades todas dispuestas favorablemente á las pruebas de su proposición, que no era otra que desmentir el aserto asentado por Tiknor en la *Historia de la literatura española*, robustecido más tarde por el Sr. Amador de los Ríos en su *Historia crítica*, de que el monumento más antiguo del idioma castellano de que se tiene noticia es la *Carta-puebla* conocida con el nombre de *Fueros de Avilés*, demostrando que el documento es de falso origen; y que, como hasta Tiknor se había creído y debe continuar creyéndose, «este honroso laurel sólo puede ostentarlo» merecida y legítimamente la poesía vulgar, espontánea, libre y señera, despreciadora de remilgos cortesanos, entre el fragor de los combates nacida, pronta siempre á cantar el bien empleado valor contra los enemigos de la patria, sus héroes y proezas, y aque-

«Illa divina luz por quien España fué grande, respetada y poderosa en toda la redondez de la tierra.»

Como es fácil de presumir, senda copia de buenas razones aduce el sabio crítico en confirmacion del presentado argumento; y metodizando desde luégo su exquisito trabajo, examina el dicho *Fuero* bajo sus dos aspectos principales; es decir, por sus caracteres extrínsecos é intrínsecos, externos é internos, ó, como el Sr. Fernandez-Guerra lo explica mejor, en sus dimensiones, materia, signos y escritura, y despues en sus faltas, inexactitudes, anacronismos y absurdos. De esta manera, con prolija minuciosidad ahora se detiene en la forma, estructura y dimensiones del pergamino, así como en el modo con que está aparejado, poniéndolo en parangon al punto con la confirmacion de Sancho IV; ahora apoya su opinion en el signo ó cruz, que *está muy léjos de ser de aquella mano* (la del emperador Don Alfonso VII, cuyo debia ser) *torpe al manejar la leve pluma y agilísima en blandir la ponderosa espada, y que no tiene igual entre cuantos de aquel príncipe han llegado á su conocimiento*; luégo estudia sus principales vicios, que consisten, dice, «en hechos falsos, en omisiones á todas luces injustificables, en alguna muy estudiada anfibología, y en miedo de aventurar datos y especies;» por lo cual, «la fecha, el lugar, los títulos del Emperador, los confirmantes, los testigos, todo está mal, todo se presta á fundada censura;» y luégo, por último, registra y analiza con escrupulosidad sorprendente las faltas del canciller y del verdadero notario, cotejando el *Fuero* en estos casos con los privilegios del monasterio de San Pedro de Eslonza y los de Celanova y Sahagun. Parte de aquí el respetable académico para engolfarse en los asertos falsos de la Carta-puebla ó Fueros de Avilés; detiéndose á demostrar que no «era posible que se dictase en castellano;» y termina por aclamar á voz en grito que el documento es falso y debido sin duda á fraude de excepcionales derechos, exenciones y privilegios hechos por aquella famosa villa del territorio astur.

Tiempo, lato espacio, más detenido estudio, y erudicion no poca, de que ya he confesado me encuentro desposeido, se necesita para contestar dignamente, sin parecer temerario é irrespetuoso, tan varios argumentos, razones tan poderosas: algo, sin embargo, se me alcanza, que decir debo sobre alguno de ellos, y algo diré, siquiera me disculpen ante su elevado criterio el ingenuo afecto, la veneracion invariable que há tiempo sabe que le profeso, además de aquella propension á inclinarme á lo que veo con apariencia de recto y verdadero, que el mismo Sr. Fernandez-Guerra me enseña y yo lo acojo para no olvidarlo jamas.

Dice el ilustre académico que de muy antiguo procede el pecado de las falsificaciones; y con ese saber pasmoso que yo le admiro, cita el testimonio de Plinio, más tarde el de Germon, luégo el de la contienda entre el conde Don Vela y Don Arias, obispo de Oviedo, sobre la propiedad del monasterio de Tol; y por último el del *Fuero Viejo* de Castilla, los de Sobrarbe y Navarra, el de las Cabalgadas, atribuido á Carlo Magno, y el de Sepúlveda, todos falsificados en el siglo XIII; y aunque mucho se pudiera decir sobre estas falsificaciones, pareceme que no en igual caso se presenta el de Avilés, que analizó; y de sus mismos datos he de sacar mis consecuencias, dejando aparte el testimonio de Plinio, el de Germon mismo, que aquí nada corroboran, cuando aún de su ilustracion, de sus adelantos, insondables abismos nos separan en la historia.

Dice el Sr. Fernandez-Guerra que de 1085 procede

la primera Carta-puebla que se *finge*. Tiknor y Amador de los Rios la suponen de 1155, y ni á uno ni á otro cabe duda de que en 1289 se confirmó en Búrgos por el buen rey Don Sancho el Bravo; es decir, en este mismo siglo XIII en que, segun el ilustre académico, se hacía tanta falsificacion de leyes municipales romanceadas. Pero el documento apócrifo en verdad no es la confirmacion hecha en este siglo: el primitivo original del emperador de las Españas, ése es el falso. Respétase, sin embargo, de tiempo inmemorial en aquellas comarcas, hasta un dia que un príncipe de sangre real avasallar lo quiso: partió entónces Martin Benegas en són de queja hasta el Rey Sabio; y, malcontento de la régia determinacion, el gobernador infante pidió el fuero otorgado. *Cremóse*, contestó el personero; y el rey de las Cántigas, no obstante, protegió el privilegio de los de Avilés contra los derechos y reclamaciones de Oviedo, en Carta que en Valladolid firmó á 30 de Abril de 1274. Pocos años más tarde, nuevo conflicto surge con los portazgueros leoneses, puestos por el adelantado Don Gutier Suarez en la Puebla de Górdon, y la nueva querrela trajo á los de Avilés nuevo triunfo, pues á 28 de Julio de 1281, es decir, ocho años ántes de la confirmacion de Búrgos, otra Real carta, de Córdoba venida, apoyóles en sus fueros. Sienta en contra de estos hechos el Sr. Fernandez-Guerra su hipótesis, y no descabellada; y piensa que, ó efectivamente la franquicia de *no dar portaje ni ribajo desde la mar hasta Leon* debia tenerla Avilés concedida y anotada en antiguos registros y reales asientos, ó que la prepotencia de la afortunada villa, que siempre blasonó de firme apoyo de sus reyes, infundiera temor y recelos en el ánimo del Monarca para querer enajenarse su voluntad; pero esos registros y asientos reales, ¿por qué no habian de ser los fueros mismos? *Cremáronse*; y á pesar de esto, bien en memoria debian estar cuando Oviedo y Leon se dejaron perjudicar por ellos, y Don Sancho el Bravo se atrevió despues á ratificarlos.

Otra observacion voy á permitirme: supongamos el fuero apócrifo; supongámosle de fecha muy posterior: ¿por qué el afan de desusadas franquicias habia de llevar á semejante fraude? ¿Qué no se falsifica hoy dia! Y el Sr. Fernandez-Guerra lo sabe bien: ¿cuántas veces la oficiosidad, el buen deseo de un secretario de Ayuntamiento, de un notario público, de cualquier otro curioso funcionario, al ver próximo á desaparecer un documento, se esfuerza en hacerle semejante, siendo esclavo del tilde aquí, del rasgo allá, por que con el documento original se confunda? Si la Carta-puebla de Avilés no es la original, ¿no puede deber á análogo suceso su existencia? Pero supongamos inverosímil, más aún, falto de sentido, este argumento, y aún demos por quemado, perdido el documento original: ¿no pudo guardarse su capitulado en la memoria de aquellos buenos vecinos cuyos intereses protegia, hasta que llegó uno que quiso dejarle consignado, por que al fin y al cabo no se perdiese, y de éste provenir todos los defectos de forma, estructura, lenguaje, y aún conceptos equivocados? ¿No se encuentran con harta frecuencia otros recuerdos históricos que mucho se les parecen, y aún algunos de época muy reciente? Conozco bien al Sr. Fernandez-Guerra: sé lo leal de su corazon, y agravio fuera el achacarle falta de españolismo al desechar éstos y otros gloriosos monumentos patrios: no quiero hacerle la ofensa de suponer que él haría jamas lo que algun otro, por seguir el rumbo de los extranjeros en España. Don Adolfo de Castro en su *Historia de Cádiz* dió por apócrifo todo lo que le convino, sin reconocerlo

por sí mismo, por seguir las huellas del doctor Mr. Emile Hübner, que hizo lo propio con los monumentos célticos y romanos de Andalucía; sin ver el Sr. Castro que esos monumentos hallados en Berlin se hubiesen aclamado á són de trompeta, como en siglos pasados las iluminaciones y el eco de las campanas de Italia entera publicaban que se había desenterrado el Laoconte.

Mas de la cuestion en este punto; que, mal formado aún mi juicio, irreverencia sería proseguir en un campo que no me es lícito. El discurso del Sr. Fernandez-Guerra es admirable bajo todos conceptos, y la historia patria le es deudora de un documento más de reconocidísima importancia. La Academia Española ha rayado esta vez á la altura en que la tienen colocada las grandes eminencias patrias que en sus escaños se sientan, dando al mundo ejemplo de la laboriosidad constante, bajo la cual solo es fructífero el talento.

Mucho me pesa haberme extendido tanto hasta este lugar, cuando otro no ménos interesante documento para la Literatura y para la Historia reclamaba mi atención por otro lado. Tal es el discurso por el Señor Don Fernando de Castro leído en su presentación pública ante la Real Academia de la Historia, verificada el día 7 de Enero, y la contestación á él dada por el Ilustrísimo Señor Don Manuel Colmeiro. Versa aquél sobre los *Caracteres históricos de la Iglesia Española*, y fácil es comprender cuánto y cuánto bueno podría decir ante aquél elevado Cuerpo el sacerdote cristiano, el cateadrático de Historia en nuestra Universidad literaria, tratándose de la Iglesia, cuyos príncipes han sido los Isidoros, Eugenios, Ildefonsos, Julianes, Braulios, Fructuosos y Jajones en remotísima época; más tarde los Íñigos, Bermudos, Sisebutos, Veremundos, Domingos de Silos, y Vintilas; luégo los Esperaindeos, Álvaro Paulo, Juan el Hispalense, Eulogios y Sansones; en seguida los Bernardos, y Urbano II, que se corona con la tiara de San Pedro; y Pedro Mártir de Angleria, llevado en hombros á la Cátedra; é Ignacio de Loyola, fundador de una Orden religiosa que conmovió al mundo; y Santo Domingo de Guzman, levantando los ánimos para la guerra de los albigenses, como Pedro el Ermitaño para las Cruzadas; y el jesuita Lainez, el talento preciso del Concilio de Trento; y los Cisneros, Mendozas y Fonseca, sin el catálogo inmenso desde los Vicente Ferrer á los Balmes, desde los Juan de la Cruz hasta los Diego de Cádiz.

Pero ni espacio tengo, ni abrumada la frente bajo la multitud de ideas que de aquí nacen, sólo me queda el satisfactorio placer de remitir á él á mis lectores, para que apreciarlo puedan del modo que no conseguiría mi más decidido empeño.

JUAN P. DE GUZMAN.

ANUNCIOS.

TINTAS ALEMANAS.

En la Imprenta y Estereotipia de M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3, se siguen vendiendo las conocidas tintas alemanas para imprimir, á 6 y 10 reales libra, según clase.

FUNDICION TIPOGRÁFICA DE DON JUAN AGUADO.

Calle del Cid, 4 (Recoletos).

DEPÓSITO DE MÁQUINAS, PRENSAS,
TINTAS, RODILLOS, BARNICES
Y TODA CLASE DE EFECTOS
PARA IMPRENTA Y ENCUADERNACION.

Este antiguo Establecimiento tiene el más completo surtido de toda clase de caracteres sencillos y de adorno. Las manufacturas son esmeradas y el metal muy fuerte. Hay tipos de griego y hebreo, música de distintos cuerpos, modelos para naipes, viñetas de todas clases, armas de varias naciones, ferro-carriles, barcos y cuanto pueda necesitarse en una imprenta. Para que los impresores, ya sean de Madrid ó de fuera, no tengan que acudir á diferentes partes para surtirse de cuanto necesiten, esta casa tiene siempre en almacén máquinas y prensas de imprimir, cortar, satinar y glasear papel; cartones de lustre y latas de zinc; tintas negras desde 4 á 60 rs. libra; de todos colores á diferentes precios; baños, tubos y todo lo necesario para fundir rodillos. Punturas, ramas, platinas para imponer; cajas, galeras, galerines, cuñas, bruzas, cuadrantes para cortar toda clase de ángulos á los filetes y viñetas. Abecedarios de bronce, ruedas, tronquillos y cuanto pueda necesitar un encuadernador. Los impresores de provincia, que son al mismo tiempo encuadernadores, hallarán en este Establecimiento, y á precios muy módicos, lo que con dificultad encontrarían buscando de una á otra parte.

DON PEDRO APOLINAR MUÑOZ, FABRICANTE DE TINTAS DE IMPRENTA,

ESTABLECIDO

EN LA CALLE DE LA MORERÍA, NÚM. 32.—MADRID.

Este Establecimiento se encuentra surtido de tintas, según las clases y precios siguientes:

CLASES.		REALES.
1. ^a	Precio en libra.	20
2. ^a	Idem.	16
3. ^a	Idem.	12
4. ^a	Idem.	10
5. ^a	Idem.	8
6. ^a	Idem.	7
7. ^a	Idem.	6

Estos precios son libres de gasto para el consumidor, porque el fabricante abona porte y envase, y además responde de la calidad del género, como hace años lo tiene acreditado. También hay tintas de todos los colores, y á precios equitativos.

MADRID 1866.
IMPRESA DE TOMÁS REY, Director-Editor.
Calle del Limón, núm. 1.